

el instrumento, pero ya no poseían el arte de modificarlo ó reproducirlo: los chinos, por tanto, no podían hacer cambio alguno, y debían renunciar á la mejora; de modo que estaban obligados á imitar siempre en todo á sus padres, para no lanzarse en las tinieblas impenetrables, si se separaban un instante del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía estender sus ondas ni cambiar su curso.

Sin embargo, la China existía pacíficamente después de algunos siglos; sus conquistadores habían tomado sus costumbres y reinaba el orden en ella, advirtiéndose por todos lados una especie de bienestar material. Las revoluciones eran raras, y la guerra, por decirlo así, desconocida.

Es preciso, pues, no confiar en que los bárbaros están todavía lejos de nosotros, porque si hai pueblos que se dejan arrancar las luces de las manos, hai otros que las apagan bajo sus mismos piés.

CAPÍTULO XI.

En qué sentido cultivan las artes los americanos.

Haria perder el tiempo á los lectores y lo perdería yo también, si tratase de dar á conocer de qué manera la mediocridad general de las fortunas, la ausencia de lo superfluo, el deseo universal del bienestar, y los esfuerzos constantes á que cada uno se entrega para procurárselo, hacen predominar en el corazón del hombre el gusto de lo útil sobre el amor de lo bello. En las naciones democráticas se encuentran todas estas cosas, y por eso

cultivarán las artes que conducen á hacer la vida cómoda, con preferencia á aquellas cuyo objeto es solo embellecerla; preferirán habitualmente lo útil á lo bello, y querrán que lo bello sea útil.

Mas yo pretendo indicar ántes el primer rasgo, para despues ocuparme de los otros.

Sucedé mui frecuentemente que en los siglos de privilegios, el ejercicio de todas las artes se hace un privilegio, y cada profesion es un mundo aparte en donde no es permitido entrar á todos; aun cuando la industria sea libre, la inmovilidad natural de las naciones aristocráticas hace que todos aquellos que se ocupan de un mismo arte, acaben por formar una clase distinta, compuesta siempre de las mismas familias, cuyos miembros todos se conocen, y en donde pronto nace una opinion pública, y un orgullo de cuerpo. En una clase industrial de esta especie, cada artesano no atiende solamente á la fortuna que debe hacer, sino á la consideracion que tiene que guardar; no es solo su interes el que lo dirige, ni el del comprador, sino el del cuerpo, y el de este consiste, en que cada artesano produzca obras perfectas (*chefs-d'œuvre*). En los siglos aristocráticos la mira de las artes es hacer lo mejor posible, y no lo mas pronto ni lo mas barato.

Cuando, por el contrario, cada profesion admite

los hombres en general, que todo el mundo entra y sale sin cesar, y sus diversos miembros vienen á ser estraños, indiferentes y casi desconocidos los unos de los otros, á causa de su multitud, el lazo social se destruye, cada obrero mirando á sí mismo, no pretende sino ganar lo mas que le sea posible con los menores gastos, y solo la voluntad del consumidor le limita; pero sucede que tambien este último sufre su correspondiente revolucion.

En los paises en que tanto la riqueza como el poder se hallan concentrados en ciertas manos y no sale de ellas, el uso de la mayor parte de los bienes de este mundo pertenece á un corto número de individuos, siempre el mismo, y la necesidad, la opinion y la moderacion de los deseos separan de él á todos los otros.

Como la clase aristocrática permanece inmóvil en el punto de grandeza en que está colocada, sin estrecharse ni estenderse, experimenta siempre las mismas necesidades, y las siente con igual fuerza. Los hombres que la componen, toman naturalmente de la posicion superior y hereditaria que ocupan, el gusto por lo que es bien hecho y mui durable: esto da un giro general á las ideas de la nacion en materia de artes; y sucede tambien que en estos pueblos, el rústico aldeano prefiere pri-

vase enteramente de las cosas que codicia, á adquirirlas imperfectas.

En las aristocracias, los artesanos no trabajan sino para un pequeño número de compradores difíciles de contentar, y de la perfeccion de sus trabajos depende la ganancia que ellos esperan.

No sucede así cuando estando destruidos los privilegios se mezclan las clases, y todos los hombres bajan y se elevan sin cesar en la escala social.

En el seno de un pueblo democrático se encuentra siempre una multitud de ciudadanos cuyo patrimonio se divide y se disminuye, quienes, habiendo adquirido en otros tiempos mas felices ciertas necesidades que conservan aun despues que la facultad de satisfacerlas deja de existir, buscan con inquietud otros medios de remediarlas.

Por otra parte se ve siempre en las democracias un gran número de hombres cuya fortuna crece; pero cuyos deseos crecen tambien con mas rapidez que la fortuna, y devoran con su vista los bienes que ella les promete, mucho ántes de entregárselos; estos buscan por todos lados las vias mas cortas para llegar á los goces inmediatos. De la combinacion de estas dos causas resulta que se encuentra siempre en las democracias una multitud de ciudadanos cuyas necesidades están fuera del alcance de sus recursos, y que preferirian satis-

facerlas incompletamente á renunciar del todo al objeto de su ambicion.

El artesano comprende fácilmente estas pasiones, porque él mismo participa de ellas, y á la manera que en la aristocracia trataria de vender sus productos escesivamente caros á un cierto número de individuos, concibe que en la democracia existe otro medio mas espedito de enriquecerse, cual es el de vender mui barato á todos.

No hai sino dos maneras de conseguir que disminuya el precio de cualquier mercancía: la primera, encontrar medios mejores, mas prontos y mas capaces de producir. La segunda fabricar en mayor cantidad objetos casi semejantes, pero de ménos valor. En los pueblos democráticos las facultades intelectuales del industrial se dirigen á estos dos puntos: él se esfuerza siempre en inventar medios que le permitan no solo trabajar mejor, sino mas aprisa y con los ménos gastos posibles, y si no consigue esto, disminuirá las cualidades intrínsecas de la cosa en que se ocupa, sin hacerla enteramente impropia para el uso á que está destinada. Cuando solo los ricos usaban relojes, casi todos eran escelentes; hoi apénas se encontrarán mas que regulares, pero todo el mundo los lleva. Así, la democracia no propende solamente á dirigir el espíritu humano hácia las artes

útiles, sino tambien á conducir el artesano á que haga con rapidez muchas cosas imperfectas, y al consumidor á contentarse con ellas. No es esto precisamente porque en las democracias no sea capaz el arte de producir maravillas en caso de necesidad, pues lo contrario se ve cuando se presentan compradores que consienten en pagar el tiempo y la fatiga. En esa lucha de todas las industrias; en medio de esa competencia inmensa y de esos numerosos ensayos, se forman operarios excelentes que llegan hasta el último punto de perfeccion; pero que raras veces se les presenta la ocasion de hacer ver lo que saben: ellos economizan cuidadosamente sus esfuerzos para mantenerse en un sabio medio, y aunque son susceptibles de alcanzar mayor elevacion, no atienden sino al objeto que se han propuesto. En las aristocracias, al contrario, los obreros hacen siempre lo que saben hacer, y cuando se detienen, es porque han llegado al fin de su ciencia.

Cuando yo llego á un país y veo algunos productos admirables del arte, nada puedo juzgar por esto acerca de su estado social y de su constitucion política; pero si descubro que los productos de las artes se hallan generalmente imperfectos, en gran número y á bajo precio, conozco al momento que en el pueblo donde esto sucede los privilegios pier-

den su fuerza, y las clases principian á mezclarse y están próximas á confundirse.

Los artesanos que viven en los siglos democráticos, no tratan solamente de poner al alcance de todos los ciudadanos sus productos útiles, sino que tambien se esfuerzan en dar á todos ellos las cualidades que no tenian ántes.

En la confusion de todas las clases, cada una espera poder presentar lo que todavía no ha aparecido, y hace grandes esfuerzos para conseguirlo. La democracia no crea este sentimiento, que es demasiado natural en el corazon del hombre; pero lo aplica á las cosas materiales, y así como la hipocresía de la virtud ha existido en todos tiempos, la del lujo pertenece mas particularmente á los siglos democráticos.

Para satisfacer estas nuevas necesidades de la vanidad humana, no hai ficcion á que las artes no hayan recurrido; la industria va algunas veces tan léjos en este sentido, que suele perjudicarse á sí misma; así es que se ha llegado á imitar con tal propiedad el diamante, que es mui fácil equivocarse; y yo creo que desde el momento en que se lleguen á fabricar los falsos con una perfeccion tal, que no puedan distinguirse de los verdaderos, verosímilmente se abandonarán los unos y los otros, y vendrán á considerarse como pedernales.

Todo esto me conduce á tratar de las artes llamadas por excelencia bellas. No creo que el efecto necesario del estado social y de las instituciones democráticas sea disminuir el número de los hombres que cultivan las bellas artes; pero estas causas influyen poderosamente en el modo como se cultivan. La mayor parte de los que habian contraído el gusto de las bellas artes se empobrecen, por otro lado muchos de los que no son todavía ricos empiezan á concebirlo por imitacion; de aquí resulta que el número de los consumidores se aumenta en general, y de estos son raros los mui ricos y de gusto delicado. Entónces, las bellas artes tienen alguna cosa de análogo á lo que hice ver hablando de las artes útiles; multiplican sus obras y disminuyen el mérito de cada una de ellas; y no pudiendo atender á lo grande, se busca lo elegante y bonito, fijándose ménos en la realidad que en la apariencia.

En los países aristocráticos no se hacen mas que algunos grandes cuadros, y en los democráticos muchas pinturas de corto mérito. En los primeros se elevan estatuas de bronce, y en los segundos se hacen de yeso.

Cuando llegué por primera vez á Nueva-York por la parte del Océano Atlántico, que se llama el rio del Este, me sorprendí al ver á lo largo de la ri-



bera á alguna distancia de la ciudad un cierto número de palacios pequeños de mármol blanco, que en la mayor parte tenían una arquitectura antigua. Al día siguiente fui á visitarlos para considerar mas de cerca lo que habia particularmente atraído mis miradas, y encontré que las paredes eran de ladrillos blancos y las columnas de madera pintada; y que del mismo modo estaban contruidos todos los monumentos que habia admirado la víspera.

El estado social y las instituciones democráticas dan además á todas las artes de imitacion tendencias particulares que es fácil señalar. Ellas las separan frecuentemente de la pintura del alma, para no aplicarlas sino á la del cuerpo, y sustituyen la representacion de los movimientos y sensaciones á la de los sentimientos é ideas; de modo que en lugar de lo ideal ponen por lo comun lo positivo.

Dudo que Rafael hiciese un estudio tan profundo de los mas pequeños resortes del cuerpo humano, como los pintores de nuestros días. Él no daba la misma importancia que estos á la exactitud rigurosa sobre este punto, porque pretendia sobrepasar á la naturaleza. Quería hacer del hombre alguna cosa que fuese superior al hombre, y osaba embellecer la beldad misma.

David y sus discípulos eran al contrario, tan buenos anatomistas como pintores. Representaban



maravillosamente los modelos que tenían á la vista, pero era raro que imaginaran algo mas; seguian exactamente la naturaleza, miéntras que Rafael procuraba escederla. Ellos nos han dejado en verdad una exacta pintura del hombre; pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicár á la eleccion misma del objeto, lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores de lo pasado buscaban fuera de sí, ó léjos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á su imaginacion una vasta carrera; pero los nuestros se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen sin cesar á su vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.

CAPÍTULO XII.

Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son en lo general mui numerosos y pequeños; pero ahora me apresuro á indicar la escepcion de esta regla.

En los pueblos democráticos los individuos son estremamente débiles; pero el estado que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es mui fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen mas pequeños que en una nacion democrática, pero en ninguna parece la nacion, por sí mis-